

Por las rocas hongkonesas.

Al principio me imaginaba que Hongkong sería una ciudad china con ingleses: la población autóctona estaría limitada, desaparecida: todo, en las calles, en los edificios, en los almacenes espléndidos y suntuosos, en los hoteles de inmensos tamaños y demasiado altos para ser moradas humanas, sería "inglés." Pero me he desengañado. Desde el primero hasta el último momento, la única nota sensorial que hierde y que cautiva son esas manchas negras, sucias, ululantes, que se llaman "chinos."

Al entrar en el grandioso puerto, ante el panorama inmenso de la vida y del trabajo, lo primero que se ve es el obrero chino. Lo primero que huele es á chino. Y el peligro amarillo resucita, evocado por tantos brazos que reclaman en el mundo de la economía, pan, trabajo, remuneración.

Es día de fiesta, por ser nacimiento del rey, y, sin embargo, la populosa urbe es un ajetreo continuo.

Subimos á las alturas rocosas, ya en tren funicular, á pié, ó en palanquines, y desde las cimas elevadas en donde domina el vértigo, hemos admirado el panorama de la ciudad. Jero lo que más extraña es el poder de hombre que ha podido levantar sobre áridas

montañas una población que puede competir, por su riqueza, con las mejores del mundo.

Arriba, en las cimas, es donde los ingleses positivistas tienen sus palacios de piedra, custodiados por criados chinos, como si fueran enormes manchas multicolores sobre el eterno verde de las eternas montañas. Coronando una de éstas está el "Peak Hotel," edificio grandioso, que parece desafiar con su soberbia la soberbia incalculable del cielo y de la inmensidad.

Desde allí, mirando la obra humana, el mar tranquilo, las infinitas embarcaciones que parecen brochazos grises sobre el fondo verdiboscuro, viendo los precipicios y los abismos, las alturas y las vertientes, los pinos románticos y los edificios orgullosos, admiro el paisaje inenarrable en que la naturaleza salvaje, después de haber reinado con sus locuras y sus caprichos, ha quedado vencida por el genio positivista del rubio anglosajón, haciendo de la esseril roca, como la vara de Moisés, un venero inagotable de riqueza y de prosperidad.



Y no es necesario hablar inglés solamente, sino también el chino, sí, el chiuo incomprendible para entenderse con estos pobres que os llevan, tirando de sus rickshas, á los más lejanos abismos, ó que os conducen á las cimas más altas.

¿Quién es el genio capaz de resucitar esa raza, aletargada por espacio de siglos, incapaz de balbucir con claridad un idioma extraño que no quiere salir de la lengua, por una tendencia fatal á la degradación?

¡Es lástima que tantos millones no ocuparan en su propia tierra más que los puestos ínfimos á que les reduce la potencia invasora del dominador!

Sin embargo, ellos son dueños del trabajo manual á que están condenados quizás para siempre.—Y allí debe empezar la revolución.



Pero si Hongkong es, además de chino, y además de inglés, una ciudad semi-cosmopolita, lo es, sin duda, no solo por su clima y por su comercio libre, sino porque tiene buenos hoteles. Aquí hay una infinidad de hoteles en donde uno recibe una hospitalidad que no se da en Manila. Casi los mejores edificios son hoteles.

¿Por qué no tiene Manila uno mejor, cómodo, grande, confortable, como los hay en Hongkong?

—He estado en todas partes del mundo y solo Manila no tiene un hotel digno—me dice un caballero que ha viajado con nosotros.

Efectivamente, viendo estos palacios altísimos y estas moradas suntuosas, que convidan al turista más exigente, debe cualquiera lamentarse de nuestra desgracia.

Y dicen que somos egoistas. No invitamos á nadie.

¿Quién es el mejor: el japonés ó el chino? Cuando os sirven, los japoneses tienen su reverencia, que parece aprendida en los tiempos de Madame Pompadour. Son, además retratos vivos de fidelidad. En cambio, por la faz enigmática de un chino, ¿quién se atrevería á confiar sus cosas?

En los barcos, cuando se presentan en vuestros camarotes, con su angelical sonrisa, haciendo una reverente genuflexión, en todas partes saludándoos con bondad y hablándoos con cariño, estos japoneses parecen los símbolos de la candorosa inocencia

Y sin embargo, ¡qué terribles cuando matan!

¡Los pobres coolies!

Hace cerca de 24 horas que salimos de Hongkong. Bella travesía. A lo lejos se pierden, cubiertas por las sombras de la mañana, las montañas chinas, como cadenas enormes que se entrelazan y se esfuman. ¡Qué horas felices las que se pasa á bordo, sobre cubierta, viendo la sombría inmensidad!

Va con nosotros el juez Avanceña en viaje hasta Kobe. La charla instructiva del buen juez me proporciona ratos de verdadera satisfacción.

Pero esos chinos, esos chinos ululantes, esos

chinos todopoderosos que lo invaden todo, siempre los tengo en el pensamiento y en el corazón. - ¿Qué pensarían viendo á los rubios ingleses en perpetua superioridad?

En Hongkong, entre gritos y gestos, en la vida mercantil, los coolies llenan las calles tumultuosas, los palacios gigantescos, las tiendas multiformes, desde la sucia de los callejones hasta la elegante y suntuosa á ambos lados del "Connaught Hotel." Los chinos toman parte en las manifestaciones de la vida con la poderosa influencia del número. Por eso Hongkong es poderoso; por eso es grande.

La organización política y administrativa de esta ciudad la da la importancia comercial que tiene. En ninguna como aquí se manifiesta el estallido de la vida en su afán de riqueza y de oro. El puerto libre y el cosmopolitismo amplísimo, son la clave de todo. Cualquiera planta su tienda sin tener esas enojosas gestiones con las autoridades. Por eso es una continua invitación al capital extranjero, al comercio del mundo, al oro de la cosmópolis...

Con sus edificios de piedra, altos y enormes, con sus hoteles montados con las comodidades apetecidas, parece llamar al hombre de lejanas tierras ofreciéndole un lugar seguro para las contrataciones y para la salud misma, porque el clima es saludable y delicioso.

Sobre las cimas rocosas, en cualquiera de

aquellas terrazas que coronan los palacios de los ricos ingleses, se siente el ambiente sano de las montañas, bajo el frescor aromado que exhalan los pinos.

Y si arriba la vida espiritual es intensa, abajo la vida mercantil es todopoderosa. Yendo por sus calles, mirando al través de los escaparates la magnífica exposición de mercancías de todas clases, había pensado muchas veces en quiénes serían y de dónde vendrían los compradores para dar vida á tanto comercio reunido. Pero este pensamiento adquiere su contestación inmediata: el comercio es, casi siempre, al por mayor. No vereis, como en la calle Rosario de Manila, por ejemplo, aquella invasión de provincianos que llenan las tiendas llevando dinero á los "coolies." En Hongkong apenas hay compradores por pedazos: todo es grande hasta la partidas. La población nativa está obligada á ocupar papel desconocido en las relaciones sociales.

¿Habeis visto, sin embargo, cómo se pierden las manchas blancas que proyectan los que vienen de lejanos países, gracias, á los puntos negros de los coolies? Es que si no hay vida social, si el nativismo desaparece en lo político, hay, sin embargo, gente para todo. La gran China, la inmensa China abastece de población todos los puertos del Oriente. Hasta Manila, dentro de poco, si no se hubiera acordado oportunamente la restricción, sería una ciudad de "coolies."

Esos que gritan con grito sonoro, que parece salvaje, empezando por algo gutural para terminar en nota penetrante; esos que gesticulan grotescamente invitando á los extranjeros á subir á sus ricksahs; esos que caminan lentos, vestidos del color de la obscuridad, fumando en sus largas pipas ó soñando en sueños de opio; los que buscan "paisanos" para engañarles; los que os llevan á los rincones lejanos actuando de cicerones funambulescos; todo y todos pertenecen al gran Imperio, y se llaman, sin razón alguna, hijos del Cielo.

He ahí el peligro amarillo.

Cuando se revolucione de veras esta inmensa multitud levantando la bandera social para expulsar á la legión de blancos dominadores, cuando se den cuenta de su importancia en los destinos del Universo, entonces el peligro amarillo sería una dulce realidad.

Mientras tanto, los chinos—como los de Hongkong,—no servirán más que para llenar. El elemento director será siempre extranjero, y el dinero circulante que viene del mundo llegará á las manos amarillas después de haberse ungido con el sudor de la Humanidad...

Subiendo á una de aquellas calles de piedra, en un barrio completamente chino, se reproducen las escenas de Pekin que nos pintan los viajeros occidentales. Todo sucio, astroso, asfixiante... Los niños de teta pegados á las

espaldas de sus madres prolíficas, en actitud que deforma el organismo; cantos exóticos, sin armonía, surgiendo de gargantas que parecen de caña: todo singular, extraordinario, completamente original...

Y en las puertas, en las ventanas, sobre la piedra de las calles, una infinidad de los "sin trabajo", pasando el tiempo alegremente ó viendo, al través de los escaparates, las ricas joyas que soñaron en sus sueños románticos.

Esos pobres, no cabiendo en el corazón de su país, van luego á los lugares próximos á pasar la vida como se pueda. Si las demás puertas del Oriente se cerraran para ellos, ¿cómo estarían en el Mundo!

El país de la niebla.

Hemos estado en el país de la perpetua niebla; hemos atravesado sus montañas por el ferrocarril; hemos visto sus mujeres, sus aldeas, su pobreza afligente y su comercio próspero: hemos pasado por túneles, al través de los verdes sembrados, de las llanuras cubiertas de palay... y hemos llegado al corazón de su tierra: Tai ho-ku.

Me refiero á Formosa.

Hoy, 28 de Mayo, el "Aki Maru" hizo escala en Ki-lung. Aprovechamos la ocasión para bajar afrontando el rigor del temporal. Es que Formosa nunca ha tenido su cielo límpido. Sus moradores amarillos siempre han

contemplado esta eterna niebla que cubre sus cimas rocosas, como las de Hongkong.

Al bajar en Ki-lung, viendo la legión de "coolies," por las carreteras llenas de lodo, sentí una sensación novísima que raras veces he experimentado en la vida. Estaba en una aldea típica de China con algunos severos funcionarios japoneses que saludan al forastero con reverencia cortesana. Las tiendas chatas, hechas de lodo y piedra, las casitas que parecen camarines construidos más bien para bodegas sombrías que para viviendas humanas, nos dan idea de la pobre cultura arquitectónica de la población.

Quizás el baguio, que es frecuente en esta isla, los ha obligado á construir tan mal sus casas. Un empleado japonés, en un inglés muy bárbaro, nos contesta lo siguiente:

—No es el baguio solamente, señor; es porque en tiempos antiguos, cuando el buen gobierno nuestro todavía no se había apoderado de la isla, ésta se hallaba á merced de los salvajes. El gobierno chino no podía reprimir el vandalismo. Los saqueos eran frecuentes. Allí tenéis—señalándonos una casa—una prueba de la audacia de los malhechores. Era natural, por consiguiente, que construyeran sus casas en forma de fortalezas de piedra...

Los salvajes..! Así llaman los nipones á la población que, no reconociendo al gobierno,

va á las aldeas á saquear y á herir. Constituyen todavía una mitad de la entera población insular, y alguna que otra vez, en sus ratos de orgullo nativo, dan mucho que hacer al gobierno de ocupación.



Y el tren corre pitando. Pasan fugaces, como cuadros entrevistos en un sueño asiático, paisajes y brumas, plantaciones de te, terrenos de regadío, sembrados de palay, lagunas, colinas, casuchas, túneles, pinos sombríos, legiones de "coolies" con niños y niñas que parecen muñequitas de carne...

Un coronel japonés, después del saludo clásico, se sentó severo en uno de los asientos del tren, luciendo en el pecho dos medallas ganadas en los campos de batalla. Otros pasajeros fueron acomodándose para ir á la capital de Formosa. Llave... Arriba, en las laderas de los montes, no se vislumbran más que brumas perpetuas. Abajo, en los prados, en las casuchas, alguna que otra mancha de color ceniciento.

El paisaje es, por lo menos, extraordinariamente original. El gobierno japonés en tan corto tiempo de dominación, emprendió la obra del ferrocarril, que hoy es la vida de estos pueblos grises.

Y pasamos, pasamos. .

Primero viene Ha-to. Después, Shi-chi-to. Después, Go-to Luego, Sui-henkya ku. Luego,

Nan—ko. Y después, Shak-ko. Y por último, Tai-ho-ku, la capital, que los chinos llaman Tai pe.

En todas las poblaciones hay los mismos paisajes, que son los románticos paisajes de bruma.

¿Qué tiene de especial Tai-ho ku, la capital de Formosa? El de ser mucho más grande, mucho más animada, mucho más bonita. Allí reside el gobernador general, que es un militar del Ejército. Gobierna con los jefes del Departamento, de los cuales el más importante es el de la Policía, con la sanción del Emperador.

—Ustedes no saben—nos dice el cónsul americano de la isla—lo que aquí vale la policía. La mitad de los pobladores pertenece á la región revoltosa. Antes del gobierno japonés no había ningún poder que los refrenase. Ahora, la policía, gracias á su poderosa organización, los mantiene quietos. Yo he viajado con mi señora por espacio de 40 días subiéndolo á las montañas, internándonos en los bosques, y no nos ha pasado nada.

Y, sin embargo, esos salvajes contribuyen en el mercado universal—según las estadísticas—con un 75 por ciento de alcanfor.

Formosa, además del alcanfor, produce té de la mejor calidad (cuyo mercado principal es Estados Unidos), azúcar, palay y otros de

secundaria importancia. Los pinos románticos y los cerezos de sueño, crecen en sus montañas y á la orilla de sus calles, dando á la ciudad el perfume sin igual de la selva.



Pero estas chinas, estas pobres chinas, con sus pies aprisionados, muy diminutos, ¿en qué piensan, qué hacen, por qué están tristes? Nunca una sonrisa amable asomó á sus caras pintadas de rosa, nunca. Y si alguna vez lo hicieron fué porque, queriendo dar señales de alegría, no tuvieron más remedio que abrir sus bocas pequeñas y hacer brillar sus dientes marfileños.

A veces, á la hora de la tarde, cuando la lluvia cae impertérrita y los dioses del Hogar no reclaman las preces de sus corazones idólicios, sus cabezas pálidas asoman por las ventanas de papel viendo á la gente que hormiguea por las calles.

Una ráfaga de melancolía corre por sus rostros, y la Virgen de la Misericordia necesita, entonces, una oración por tantas divinidades abandonadas.

¡Pobres mujeres!



Por primera vez hemos recibido la sonrisa de una japonesa. Es una "musmé" que nos sirvió como pudo en un restaurant de Tai-ho-ku.

Le pedimos todo y nos lo sirvió todo,
siempre, siempre, con una eterna sonrisa
ingenua.

¡Qué lástima que, por querer hablar inglés,
no hiciese más que gestos grotescos, llenos
de infantil zalamería!

Sin embargo, su sonrisa vale por lo menos,
un yen...



Japon en Formosa

Estamos á 400 millas de Formosa y todavía, todavía, la impresión de la isla no se ha borrado por completo. Formosa tiene la especialidad de ser una colonia japonesa; tiene, además, el encanto de ser un país cultivado con devoción meticulosa. Hasta en las cimas de las montañas hay plantaciones de te, rastro poderosos de la mano del hombre que lo transforma todo.

¿Cómo era Formosa antes de la dominación nipona? ¿Cómo es hoy? La contestación es difícil de darse. Algunas cuantas horas que estuvimos en Tai-ho ku, recogiendo datos al vuelo, gracias á la benevolencia de cicerones improvisados y, sobre todo, del cónsul americano, que es todo un caballero de bondad y de cortesía, no son suficientes para una investigación. Sin embargo, por lo que á primera vista aparece, la isla presenta evidentes pruebas de transformación, convertida en un país eminentemente agrícola.

El orgullo nipón, colonizador oriental de

los propios orientales, se manifiesta visiblemente viendo á sus hijos pasear su satisfacción y su dominio por las estrechas callejuelas de Tai-pé.

Ya, antes de subir al tren de Ki-lung, la prevención japonesa se manifiesta evidente. Un soldado sonriente requirió nuestros nombres y metió nuestras tarjetas en una de las bolsas luengas de su uniforme. ¿Estamos ya en Rusia? ¿Vienen las pesquisas?

En un lugar visible de la sala, en el tren que corre por montañas y llanuras, hay un aviso que espanta: «Se prohíbe tomar—dice poco más ó menos—vistas, fotografías, dibujos, etc. de fortificaciones y obras de defensa que se construyen desde Ki-lung...» ¡Y nosotros que llevábamos nuestros cuadernos de apuntes!...



Cuando empezó en este país la ocupación japonesa, uno de los departamentos importantes que se creó inmediatamente fué el de Agricultura, que con el de Educación y el de Policía, constituyeron y constituyen hoy el gobierno central. El primer cuidado que tuvo el departamento de agricultura, bien poseído de su misión, fué buscar el producto más importante que daría á la isla su progreso y prosperidad. Buscó. ¿El té? No. ¿El alcanfor? Tampoco. El producto de más porvenir es, **ndudablemente**—ha dicho el departamento

—el azúcar. Y toda la atención se puso entonces preferentemente en el azúcar. Primero crearon un sub-departamento del azúcar. A su frente, según nuestros informes, están hombres peritísimos en este orden de cultivo. Después se adoptaron medidas que dieron resultados eficaces.

Según los datos que nos facilita el cónsul americano, antes de la ocupación japonesa, la isla solo producía 10 mil toneladas de azúcar al año. Hoy, bajo el dominio de los nipones, produce 70 mil. Y tan grande es la esperanza para el porvenir, que los severos y sabios directores del sub departamento, en un momento de legítima fe en su obra, han dicho que dentro de 5 años ellos esperan una producción de 250 mil toneladas.

¿Sabéis cómo se ha obrado el milagro? En realidad, hoy tampoco lo sabemos de fijo. Pero he aquí algunos datos que nos servirán de amable y provechosa enseñanza. La primera medida es ayudar á los capitales particulares: á los que adquirían máquinas modernas para el beneficio del azúcar el gobierno ayudaba con una donación de un 20 por ciento del capital invertido. Ya, con este emolumento, muchos se sintieron con deseos de emprender el negocio. Actualmente la isla cuenta con 10 máquinas modernas como las que se encuentran en Cuba y Hawaii.

El departamento está trabajando tan gran-

demente por el azúcar que muchas veces—y éste es el espíritu general de la administración— interviene como un padre en las propiedades y en los intereses privados llevando allí la luz de su autoridad y sabiduría. Para muestra baste este ejemplo: se han organizado, por decirlo así, distritos agrícolas. Cada máquina tiene su jurisdicción establecida de miles y miles de acres. Los propietarios, comprendidos dentro de la jurisdicción, no pueden llevar sus cañas sino á la máquina correspondiente. Así, dicen ellos, se evita un peligro y un conflicto: la competencia. En casos en que surge un conflicto entre el particular y el propietario de la máquina, el departamento resuelve. ¿No es ésta una clara prueba de paternalismo?

Bien: dejemos el azúcar. Hay asuntos que nos interesan igualmente. Por ejemplo, la empresa educativa que el Japón se ha propuesto realizar en Formosa.

La ocupación japonesa ha llegado en momentos en que todavía el analfabetismo predominaba en las masas. Además, había, y hasta ahora existe, una mayoría de salvajes que son refractarios al orden: los chinos de Formosa son todavía más atrasados que los de Pekin. Han estudiado en las Escuelas clásicas, pero no han llegado á asimilarse ni las doctrinas de Choo-He ni las de Wang-Sheu-

Jan. Estos grandes filósofos chinos permanecen ignorados.

La primera cuestión que se presentó á los japoneses fué la tendencia á la absorción intelectual. De parte de los chinos esta tendencia se redujo á la asimilación. Y empezó entonces la era de las escuelas. En 1896, cuando se introdujo el régimen civil, se abrieron escuelas del gobierno en 15 principales distritos: Taihoku, Tamsin, Kilung, Shinchiku, Bioritsu, Taichu, Horisha, Pokko, Un rin, Kangi, Tainan, Hezan, Koshun, Taiko y las islas de los Pescadores. En 1898 se ordenó que las escuelas establecidas en Taito y Kosshum se encargasen especialmente de enseñar el japonés á los salvajes. En estos distritos, ya había en el referido año, 803 alumnos. El resultado fué beneficioso: los salvajes educados prestaron servicios al gobierno y se encargaron de pacificar á sus compañeros. Se ha ordenado, además, que las escuelas establecidas en los distritos sean costeadas por éstos y que el gobierno no pague más que los gastos de viaje y los salarios de los profesores. En 1904 ya los alumnos ascendían á 20.523 y las alumnas á 2.655. También se han abierto escuelas públicas, en el referido año, en otros distritos de la Isla. Algunos chinos educados fundaron también sus escuelas, á las que acudían 21.661 escolares. Un misionero de la Iglesia Presbiteriana canadiense estableció su

escuela, lo mismo que otro escocés del mismo oficio.

A pesar de todos estos esfuerzos, el progreso que se nota es lentísimo. Los chinos no se muestran con aptitud suficiente para la asimilación. Un escritor japonés, hablando de esta obra educativa del gobierno, decía lo siguiente:

—«Debemos tener paciencia, mucha paciencia. Nosotros apenas estamos nueve años en Formosa, y nueve años representan un momento en la vida de una nación. ¿Cómo es posible que en tan corto espacio de tiempo podamos cambiar el carácter de los nativos, cuyos pensamientos están amoldados á la historia de la Isla por espacio de trescientos años y aun á la historia de China en más de 60 ó 70 siglos? Hace cientos de años que Inglaterra posee la India y, sin embargo, el pueblo todavía no está asimilado. En Formosa debemos tener la misma paciencia de los ingleses en la India“

La ciudad cosmopolita

A los lejos, perdida en la bruma de la mañana, se divisa ya la ciudad cosmopolita. Vamos en lancha por el gran río Amarillo, en donde entran los buques de gran calado. Por ambos lados, las campiñas verdes denotan actividad inusitada. Al principio es Manila, Manila atravesada por el Pasig, con sus casitas, con sus jardines, con toda su poética frescura. Poco á poco, mientras la lancha corre, ya es Nueva York, un pequeño Nueva York en el Oriente, como dicen los turistas.

Y es que el movimiento es inmenso, atornador. Y es que las calles, los edificios, no son las calles y los edificios de Oriente, sino las calles y los edificios de las grandes ciudades del mundo. Y es que, como el comercio aturde y la gente que se ve se compone de todas las nacionalidades y de todas las razas, se entra en Shanghai como se entra en una Cosmópolis imaginaria en que todos los países se confunden...

Aquí es Alemania; allá es Inglaterra; más

allá Estados Unidos; Francia más allá... y en un sitio alejado, un poco alejado, pero siempre interesante, el inmenso barrio chino, una ciudad fantástica de ruidos y de quimeras.

No hay duda: estamos en la ciudad cosmopolita.



Ya no es como Hongkong, porque no es Hongkong. Ya no es la aldea formoseña, pobre de aspecto, como los mismos chinos que la habitan. Es Shanghai, y al decir Shanghai, imaginad una ciudad tumultuosa.

Cuando entráis, una hilera de edificios altos, grandes, gigantescos, os empequeñece. Allí están los bancos y varias importantes casas de comercio. Coged luego un coche, tirado por un mulo viejo, en que los aurigas vestidos de blanco con rayas azules adquieren severidad caricaturesca, y pasead por las calles de la gran ciudad. El aspecto va cambiando, pero el interés no cambia. Siempre es el mismo, el mismo...



Al rodar del coche se suceden sin cesar los impresiones. A lo mejor viene una multitud de europeos como si estuviérais en París ó en Berlín; después, una legión de coletudos como si viviérais en el corazón de China; un momento más, y ya no es dable discernir la nacionalidad. Las razas se confunden. Lo mismo los idiomas. Es una urbe babélica en

que todos hablan y todos, sin embargo, se entienden...

Los mismos chinos, los pobres chinos que dan á la industria millares y millares de braceros, al gritar con sus gritos estrambóticos, al hablar con sus ademanes de energía, parecen menos asiáticos y más comprensibles. Es que el contacto eterno, la colectividad internacional armoniosa, los presta encantos irresistibles.

¡Oh, los chinos de los rickshas, los chinos aurigas, los chinos de los talleres, los sabios chinos de Confucio, realizan hoy día la obra del porvenir!...



Lo que más seduce todavía en Shanghai, viendo sus casas principescas hechas de ladrillo, es el culto que se profesa á la Naturaleza por medio del cultivo de sus árboles y de sus plantas y de sus flores. Casi no hay una casa sin jardín. El arbolado que da sombra, la flor que da perfume, la rama verde que hace, al rumor del viento, saludos reverentes, son imprescindibles para el habitante.

Y el cultivo es tan esmerado que las flores brotan de los tallos con sin igual lozanía. A lo mejor son blancas flores de te, que se columpian debajo de las ventanas, ó en los patios, debajo de los árboles. A lo mejor son rosas rojas que indican pasión. O bien

son flores exóticas, de una variedad de colores y de una variedad de perfumes.

¿Dónde está la poetisa nipona, ó la princesa ingenua del Pekín, que no ofrece á estas flores, sus hermanas, las adoraciones sempiternas de su corazón?



Sin embargo, los que dicen que Shanghai es, en el Oriente, la ciudad más *occidentalizada*, mienten sobremanera. Esos no han llegado al barrio chino. Esos no han visto palacios de mandarines, casas de te, industrias nativas, mujeres, sonrisas, rostros pintados, pies pequeños, todo, en fin, lo que es pura é intensamente chino y, por consiguiente, todo lo que no es, en manera alguna, europeo.

Mr. Bazet, ex-fiscal auxiliar de Manila, nos acompañó al Shanghai originario, antes de la llegada de los bárbaros extranjeros, al Shanghai chino, en una palabra, que todavía se conserva en medio de su inquebrantable tradicionalismo.

Se entra por una calle estrecha. Es que todas las calles, en esta pequeña China, son estrechas. Ya la enorme multitud ululante gasta luengas túnicas de obscuridad. Las casas son ceñidas, sucias, de un color indefinible, porque el humo, porque la antigüedad, porque el tiempo lo han borrado todo. El paisaje es extraño, minucioso en

detalles curiosísimos de cosas y de hombres. La industria salta á primera vista. Son lacas, sedas, algodón, papeles llenos de garabatos, pipas, biombos, porcelanas, botones, todo lo que es nimio, pero todo trabajado con sin igual primor de artista primitivo. Los peines de marfil labrados con labor de artífice milenario indican paciencia. Lo mismo las pipas blancas con figuras extrañas, un poco caricaturescas. En grandes papeles hay, pintados al carbón, retratos de personalidades. Uno de ellos es el de Mr. Roosevelt, pero un Mr. Roosevelt con la cara desencajada: en la mejilla izquierda le ha salido un grano.



Y la sensación continúa cada vez más fuerte. En un patio estrecho unos 20 ó 30 chinos forman coro. En sus rostros se ve la estupefacción. En medio, haciendo muecas horribles y gestos descompasados, está un titiritero, un mago callejero que realiza prodigios de pretidigitación.

Y luego se atraviesan puentes que cruzan lagos muertos, con olor de inmundicia, callejones oscuros invadidos por la multitud, patios, plazas, puertas estrechas que dan acceso á oscuras habitaciones, corredores misteriosos que conducen á salas suntuosas.. Tendidos en la acera cuatro ó cinco chinos, muertos de hambre, andrajosos y macilentos, forman

un desgarrador espectáculo de miseria doliente. Un dentista improvisado acaba de arrancar, en un rincón, una muela á un desgraciado que escupe sangre á borbotones á los pies de los viandantes. Un pustuloso se pasea tranquilamente buscando á la sanidad. Y así siempre, recorreremos la vasta ciudad de los amarillos asiáticos, ciudad del dolor todopoderoso, de la muerte en la vida, de la eterna desolación del espíritu al ver á aquellos seres de faz livida que debían morir de asfixia y de inanición...



¿Y los palacios de mandarines? ¿y los jardines encantados? ¿y las salas suntuosas de antigüedad? Nos hemos atrevido, guiados por el buen americano, á penetrar en sus sagradas puertas. He dicho sus sagradas puertas porque hay muchas. La entrada se paga. El palacio se llama *jardín*, un jardín ducal, aristocrático, de leyenda y de amor. Pero yo no veo nada que indique jardín. Un noble chino, de la raza de los mandarines, había morado, sin duda, en aquellos lugares, rodeado de mayestática autoridad y de muelle sibaritismo. Al franquear los umbrales, un viejo portero, con su luenga barba blanca, os guía por aquellos misteriosos senderos. Al principio, el monstruoso dragón de piedra, tan monstruoso que parece inverosímil, os hace notar, por si no lo sabéis, que estais

bajo el control del Celeste Imperio. Luego, el anciano cicerone os va abriendo puertas, os acompaña á los pasadizos, os conduce á salas, azoteas, habitaciones, desde donde se contemplan, bajo la luz lenta de la penumbra, otras salas y otras azoteas y otras habitaciones y, por último, un pobre lago muerto, criadero de enfermedades, que debió de ser un tiempo amable sitio de recreo y de paz.

Pero ¿dónde está el jardín encantado? ¿Dónde está el noble morador de aquellos lugares? Todo indica que de la vida antigua de liviandades y de grandeza no quedan más que rastros gloriosos. Está muerto el encanto: está muerta la leyenda. El mismo cicerone que os guía parece, por su palidez de opiómano, que acaba de resucitar de una muerte de siglos. Los pocos árboles que adornan aquellos lugares tienen el sello indeleble de la eternidad.

Nada: el mandarín se ha fugado y su pobre palacio sólo queda para la humana profanación...